LEOPOLDO DE LUIS,

con razón y sin ira

por José Gerardo Manrique de Lara

sem blan za

CÓRDOBA se queda detrás de tí, lejana como una mancha blanquecina, sobre la que resulta relativamente fácil sobreimpresionar la imagen recia de Castilla. Para nosotros, y también para nuestro maestro Vicente Aleixandre, la luz de nuestro sur es una cosa que hemos robado furtivamente y luego no sabemos qué hacer con ella. Tu entendimiento racional, morosamente decantado en una espera intensa, que te convierte en nave que se desliza al amor de la esperanza, te deja el poso senequista que tanto sirve para tener razón, aunque el tiempo medre con nuestros devaneos y la sombra nos vaya arropando on sus procelosas parcas. Se tiene razón solamente cuando se puede tener, y para ello es necesario estar seguro de muchas cosas, aunque no de todas. Ese "casi" que le faltó a Machado, que le faltó a San Pablo, que le falta a la propia verdad, es lo que precisamente humaniza y consagra la hombría. Contigo voy a ahorrarme una infinidad de innecesarios adjetivos, porque casi nada de cuanto te define es adjetivo, y es que, después de haber analizado minuciosamente tu poesía, me queda una lanza que partir y ahora la enristro para una más alta ocasión que la pura crítica especulativa. En esta galería de retratos tiene clara razón de preferencia el hombre en su sentido más amplio de irradiación humana, apeado de todos sus posibles esplendores. El hombre como es en la calle, en la casa, junto a la fuente, junto a los pájaros. Ya es razón importante que sea la poesía la que nos reclama en la amistad, la que nos cita en el tiempo, la que quizá nos recuerde en el futuro. Pero, en definitiva, lo que importa es que detrás de esa poesía identificadora está el hombre cotidiano sin ninguna dimensión predeterminada, sin ningún consejo de administración, sin ninguna prebenda, metido dentro de un traje que nos lleva de un lado para otro y nos cubre como un relicario profano tratando de sosegar ese continuo aldabonazo con el que suele delatarnos un viejo corazón atribulado. Con razón y sin ira tú has ido diciendo en prosa y en verso todo aquello que tú podías remitir de una manera inmediata a tu propio concepto de la verdad. Has sido siempre un hombre enterizo y capaz de no desear nada que realmente pudiese, a la larga o a la corta, destruirte o envilecerte. Es más cómodo para el alma profesar en puros conceptos, levantar del suelo la verdad caída o piso-

teada por la incomprensión. Es más cómodo para el alma apagar todas las luces, cerrar todas las ventanas —siempre tendré que recordar tu excelsa "ventana"— y quedarse literalmente solo para que la palabra que uno emite no tenga resonancias impuras. Porque hay algo que de un modo fatal y casi irreversible nos está empujando a cada instante a desertar de nuestra propia personalidad. Ese ejercicio de sutiles tentaciones, que va desgarrando nuestra íntima organicidad, equivale a una lucha cruenta —espiritualmente hablando— que en cierto modo nos hace humanos. Lo que nos puede aproximar a San Pablo o a Santa Teresa es precisamente eso. Lo que nos puede avisar de todo problema de frontera es precisamente ese *frenazo* que instintivamente somos capaces de dar antes de entregarnos mansa y estúpidamente al vacío. No importa contemplar la realidad de una manera agnóstica o en un orden más subjetivamente devocional. Las trampas que el mundo nos tiende por la derecha y por la izquierda van encaminadas a sembrar malévolamente nuestro desequilibrio emocional. Tú eres un poeta que tiene como clave el amor. Eso es lo más importante de todo, porque con ese vástago dentado que entra en el origen de todos los tabúes intelectuales se abren todas las cerraduras. Normalmente la razón remite a la urgencia de una postura de combate, pero en tu caso la razón tiene un solo expediente: el amor. Eres un poeta social con pena y con gloria. Has dicho honradamente lo que tenías que decir y todos te hemos escuchado en silencio esperando incluso una última intervención, un corolario definitivo sobre el que ya no cabe ninguna otra adición ni siquiera la del aplauso entusiástico. Es tan puro tu verbo que ya no admite la postdata de la pasión. En esto más o menos se cifra la esencia del poeta, en un tiempo, en una circunstancia dada, en una hora más o menos difícil. Vadeando el río de tu inspiración a través de tus hitos bibliográficos nos podemos adentrar en tu dolor —la elegía a tu padre— en tus contemplaciones, sacando la fila tres para estar presentes en el atiborrado escenario de tu "Teatro real". España —con la eterna barrera divisoria del tendido de sol y de sombra— afila hasta la dentera nuestras preocupaciones por los posibles efectos de la estupidez de nuestro prójimo, de nuestro próximo, al que tanto amamos en definitiva. Sacar una fila junto al escenario significa en todo caso la garantía absoluta de poder contemplar las pantorrillas de la realidad y ver si efectivamente, como dicen, están llenas de defectos. De ninguna manera incurriré en una nueva especulación sobre tus mundos poéticos, que son tan tuyos y tan míos que apenas si puedo deslindarlos, pero sí te diré que esa tierra que casi te ahoga como si estuvieses ya muerto de antemano y esa mina cóncava que asfixia voluntades y esperanzas es el viejo agujero donde se oculta una insaciable curiosidad. Nos hemos metido por él buscando algo que se nos ha caído y dentro estaba todo un programa, toda una razón, toda una luz nueva, acaso aquélla que dejamos atrás en nuestra infancia dibujada en esa Andalucía que un día abandonamos para ensanchar nuestra voz en el altiplano de esta Castilla ya nuestra. Castilla es, en definitiva, la vieja mesa del comedor alrededor de la cual se sienta la familia. La mesa de siempre sobre la que se han abierto todas nuestras sorpresas, desde la noticia hasta el yantar. Mesa, meseta, palma abierta que sostiene en bandeja la realidad española. Las sillas las hemos ido arrimando las provincias. Todo sobre ella ha sido un rito, una comunión, una tensión de discusiones, de sobremesas, de impaciencias tensas, y ahora quedan muchas migas y gotas vertidas y todo empieza a parecer una opción, una convocatoria tardía. No tenemos más remedio que ir y que hablar. Nos están esperando los que nunca nos han comprendido. Hay mucha gente que necesita que le expliquemos lo que es una *ventana* abierta a la esperanza, a la razón, al futuro. Si yo no hubiera visto en tí a un hombre perfec-

semblanza

tamente claro que se obstina en su honestidad sin hacer alarde, sin ningún propósito ulterior, sino simplemente entregado a la posibilidad de no pasar factura a nadie, de no medrar a costa de la amistad y encima ser poeta de tal alto porte, yo no hubiera podido hacer un retrato sin necesidad de adjetivos.

OBRAS DE LEOPOLDO DE LUIS

POESIA

Alba del hijo. Madrid, 1946. Colección Mensajes.

Huésped de un tiempo sombrío. San Sebastián, 1948. Colección Norte.

Los imposibles pájaros. Madrid, 1949. Colección Adonais.

Los horizontes. Las Palmas, 1951. Colección Planas de Poesía.

Elegía en otoño. Madrid, 1952. Colección Neblí.

El árbol y otros poemas. Santander, 1954. Colección Tito Hombre.

El padre. Melilla, 1954. Colección Mirto y Laurel.

El extraño. Madrid, 1955. Colección Agora.

Teatro Real. Madrid, 1957. Colección Adonais.

Juego limpio. Madrid, 1961. Colección Palabra y Tiempo. Ed. Taurus.

La luz a nuestro lado. Barcelona, 1964. Colección El Bardo.

Poesía: 1946 - 1968. Barcelona, 1968. Plaza & Janés.

Con los cinco sentidos. Zaragoza, 1970. Colección Fuendetodos.

De aquí no se va nadie. Gandía, 1971. Colección Ausías March.

Con el ala en los cristales (inédito). Premio Alamo 1976.

CRITICA, ANTOLOGIA Y BIOGRAFIA

Antología de la poesía social española contemporánea. Madrid, 1965. Ed. Alfaguara.

Antología de la poesía religiosa española contemporánea. Madrid, 1969. Ed. Alfaguara.

Vicente Aleixandre. (Biografía y estudio crítico.) Madrid, Ed. Epesa, 1970. Colección Grandes Escritores Contemporáneos.

Poemas amorosos de Miguel Hernández. (Selección y estudio.) Madrid, 1974. Alianza Editorial.

Antonio Machado, ejemplo y lección. Madrid, Ed. Sociedad General Española de Literatura, 1975.

La poesía aprendida (poetas españoles contemporáneos). Valencia, Ed. Bello, 1975.